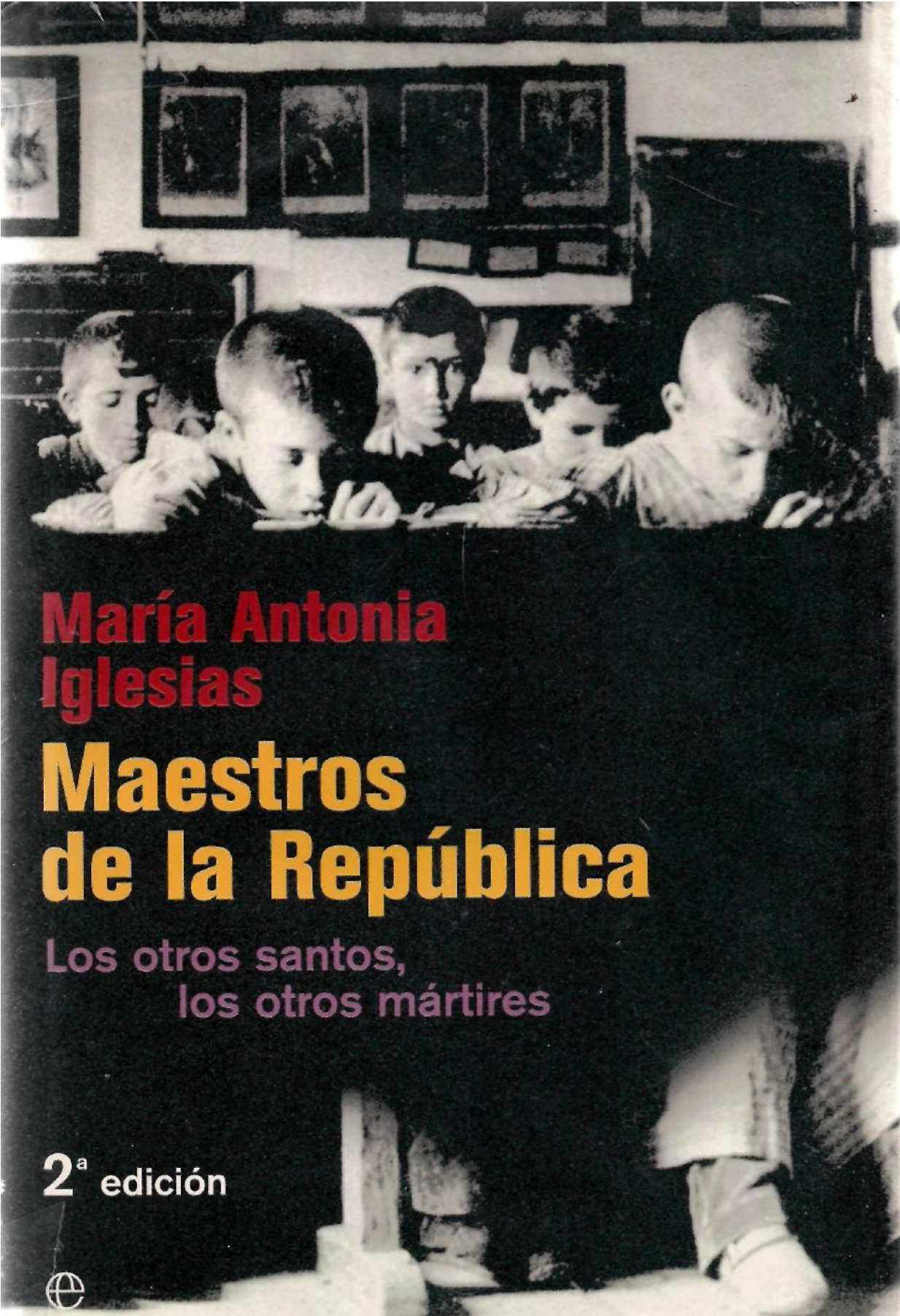


A black and white photograph of a classroom. In the foreground, several young children are leaning over a desk, looking down at something on the surface. They appear to be focused on their work. In the background, there are several framed pictures or posters hanging on the wall. The lighting is somewhat dim, creating a somber or contemplative atmosphere.

**María Antonia
Iglesias**

Maestros de la República

Los otros santos,
los otros mártires

2^a edición



CACERES

(JARAÍZ DE LA VERA)

SEVERIANO NÚÑEZ GARCÍA

*VEINTE DISPAROS DE FUSIL. Y UNA FOSA CON UN PAR DE ZAPATOS JUNTO/A
UN MONTÓN DE ZAPATILLAS*

PRÓLOGO DE JAVIER CERCAS

DEUDAS PENDIENTES

No debería sorprender a nadie la saña con que, desde el mismo día 18 de julio de 1936 hasta después de terminada la guerra, las fuerzas sublevadas contra el Gobierno legítimamente constituido en España la emprendieron contra los maestros de la Segunda República. La Guerra Civil-no fue, para los sublevados, una guerra convencional: fue una guerra de exterminio; en ella no se trataba sólo de vencer al adversario, sino de acabar con él y, sobre todo, de desarraigar para siempre de España la cultura de la libertad que la República había pretendido instaurar. Los franquistas no consiguieron su propósito, o no del todo, o no al menos hasta el punto en que ellos lo desearon o imaginaron, pero no fue porque no emplearan en esa empresa de aniquilación todos los medios que tenían a su alcance. Sea como fuere, es de una lógica perfecta que uno de los objetivos preferentes de la escalofriante represión que se abatió como una tormenta de odio sobre quienes se mantuvieron fieles a la República fueran los maestros, quienes, muchas veces en circunstancias extraordinariamente difíciles, rodeados de la hostilidad e incomprensión de una sociedad reacia a los cambios, a menudo sin los instrumentos indispensables con que llevar a cabo su ínfima y heroica tarea, contribuyeron como muy pocos a propagar los ideales igualitarios de libertad, progreso y laicismo con los que arrasó la guerra. Francisco Franco fue un general arcaico e incompetente, de una astucia helada y una crueldad difícil de igualar, pero no fue un necio, así que no es imposible que conociera estas palabras de otro general, Napoleón Bonaparte: «La idea ha causado más daño que los hechos; es la enemiga fundamental de los soberanos». O dicho de otro modo: Franco y quienes le apoyaron no ignoraban que es mucho más fácil acabar con los res que con las ideas (porque éstas poseen una fuerza muy superior a la de los hombres), de manera que se aplicaron con todas sus energías a terminar, no sólo con las ideas, sino con los portadores y difusores de las ideas. Esa y no otra es la razón -tremenda, pero, como de una lógica sin resquicios- de la minuciosa depuración de que fueron objeto, durante y después de la guerra, los maestros republicanos, algunos de los cuales pagaron con su vida su entrega a una a una labor que a estas a l u n a s ya es difícil agradecerles como merecen.

Uno de esos maestros anónimos fue Severiano Núñez García, quien durante los años que precedieron a la guerra ejerció la docencia en el hermosísimo pueblo de Jaraiz de la Vera, al norte de la provincia de Cáceres, y quien, en la madrugada del 16 de septiembre de 1936, tras un juicio sin las menores garantías procesales en el que un tribunal rebelde lo condenó cínicamente por un delito de «rebelión militar», fue fusilado frente a una tapia del cementerio de Plasencia y enterrado en una losa común j u n t o a casi un centenal de reos de parecido delito. Durante casi cincuenta años sus restos permanecieron allí, bajo un montón de basura y escombros; durante casi cincuenta años su recuerdo estuvo envuelto en una nebulosa de pánico y silencio hasta que su sobrino, Antonio Sánchez-Marín, también maestro, decidió desenterrar su memoria, reconstruyéndola como un rompecabezas a partir de testimonios de parientes, vecinos, conocidos y antiguos alumnos.

Lo que sigue es su historia, o parte de su historia, sin duda la más terrible e ingrata, aunque también la más aleccionadora. No trataré de resumirla para no escatimarle al lector ni un ápice del horror y la dignidad que encierra. Sólo diré que es atroz, pero no insólita, y que a ratos conmueven tanto sus pormenores -o, por lo menos, son tan ilustrativos sobre la historia reciente

de España- como el empeño QUE MUCHOS años después, ha puesto su sobrino por limpiar el recuerdo de su tío, humillado, ensuciado y estigmatizado durante una Posguerra inacabable que no fue sino la prolongación de la guerra por otros medios. La muerte no mejora a los muertos (ni siquiera un asesinato salvaje y absurdo como este), pero todos los testimonios que conocemos invitan a imaginar a don Severiano como uno de esos maestros vocacionales, exigentes, católicos, puntillosos y amantes de la disciplina en los que abundó la II República, alguien imbuido de una fe en el progreso y en la capacidad de mejoramiento de los hombres y poseído por la certidumbre de que, gracias a la cultura y la educación, sus alumnos, en su mayoría hijos de jornaleros y destripaterrones que nunca superarían la escuela primaria, podrían alcanzar una vida mejor en una sociedad más justa; morigeradas y pacíficas ideas que, sin la menor duda, en la Extremadura negra, misérrima y espantosa mente caciquil de los años treinta no podían sino pasar por revolucionarias a ojos de quienes pretendían la perduración de aquel oprobioso estado de cosas. Sólo un hombre así escribiría en el reverso del certificado de escolaridad de sus alumnos, con la esperanza tal vez ingenua de que éstos no los olvidaran cuando ya no estuvieran bajo su tutela, lemas como éste: «Querer es poder». O como este: «Consérvate sano, ¡siempre adelante!». O como éste: «El hombre trabajador gana su vida; el holgazanea roba». O como este: «Todo trabajo es digno si se desempeña con honradez y con talento». Sólo un hombre así escribiría a sus familiares, justo antes de ser fusilado por un crimen que no había cometido, una carta encareciéndoles a que pagasen las deudas que tenía pendientes, entre ellas un libro de psicología. El detalle es tremendo, pero no hay que dejarse conmover por él, o no demasiado. Es mucho mejor, y más justo, intentar devolvérselo, haciendo lo posible por saldar mínimamente, aunque sea con un retraso que ya parece de siglos, y que tal vez lo sea, la deuda que todos hemos contraído con don Severiano. Con don Severiano y con tantos otros como él. No se trata, como proclama el sórdido, esquinado y vengativo cliché, de desenterrar a los muertos, mucho menos de arrojárnoslos a la cara; tampoco de hacer cómodas proclamaciones virtuosas a toro pasado. Se trata sólo de arrancar a los muertos de la ignominia de los escombros, de darles las gracias sin énfasis y de permitirles de una vez por todas que descansen en paz.

Madrid, julio 2006

Un día de hace dos veranos Antonio Sánchez-Marín vino a mi casa porque los dos queríamos hablar de los maestros republicanos. Él se sentó en una silla a mi lado, abrió su cartera llena de documentos y fotografías, y se quedó en mi vida para siempre. Porque desde entonces me he beneficiado, hasta el abuso, de su sabiduría y de su paciencia. Pero, sobre todo, porque desde aquel día me quedé atrapada en las redes suaves de su dulzura y su bondad.

Antonio Sánchez-Marín es un hombre joven todavía, para su edad... Es alto, aunque ha debido serlo más hasta hace unos años. Tiene los ojos claros y la cara redonda, protegida por una barba blanca y corta. Lleva tirantes, de ésos que sirven para sujetar los pantalones y para asegurar los andares, que ya le empiezan a fatigar un poco. Habla que no para, pero, en los dos años largos desde que le conozco, nunca le he oído decir una palabra ociosa. Es un hombre tranquilo, que vive a gusto dentro de su piel, paciente y tolerante, aunque fervoroso anticlerical, como corresponde. Tiene Antonio Sánchez-Marín dos devociones sagradas a las que les «reza» todas las noches antes de dormirse: la República y los maestros republicanos.

Antonio Sánchez-Marín nunca se separa de su cartera, grande y voluminosa. Porque lleva en ella, minuciosamente documentada, la historia hermosa y terrible de todos los maestros represaliados y asesinados por la dictadura. A lo largo de muchos años ha ido reuniendo, clasificando, atesorando devotamente, papeles, fichas, fotografías... Documentos preciosos que hablan y recuperan la memoria de tantas vidas, y tantas muertes, de seres inocentes que defendieron, apasionadamente, el derecho de los más humildes e indefensos a la cultura y a la libertad.

Antonio me ayudó de manera esforzada, tenaz y paciente, a realizar el rastreo de nuestros maestros republicanos fusilados, y al ejercicio penoso pero imprescindible, de una selección obligada. Y un día sacó de su cartera inseparable la «ficha», la historia de don Severiano Núñez García, maestro de Jaraiz de la Vera (provincia de Cáceres), fusilado junto a las tapias del cementerio de Plasencia.

No fue necesario que Antonio Sánchez-Marín me «recomendará» a aquel maestro para incluirle en nuestro libro. Porque la Historia de don Severiano Núñez me dejó prendada de su belleza, agarrado a los hierros feroces de su sufrimiento y al silencio tembloroso de su familia y del pueblo donde ejerció como maestro, quizás el más hermoso de toda Extremadura... La pura verdad es que yo no elegí a don Severiano Núñez. Fue él quien me eligió a mí. Fue él quien, desde la fuerza de su nobleza y bondad, de su generosidad temeraria y su coraje cívico, puso en pie su historia. Fue él quien le dio a las buenas gentes de Jaraiz de la Vera, y de Barrado, y de Plasencia la oportunidad de ser, de nuevo, buena gente sobreviviente de la gente mala.

Antonio Sánchez-Marín me entregó con orgullo y devoción la “ficha” de Severiano Núñez. Porque Antonio Sánchez-Marín es sobrino de don Severiano, el maestro fusilado de Jaraíz de la Vera. Antonio también es maestro, aunque ya está jubilado, y ha dedicado muchas horas de su tiempo a investigar sobre la vida y la muerte de su tío, las causas que le llevaron a tan fatal destino. Antonio sigue peleando hoy por rehabilitar la dignidad que le arrebataron a Severiano para poder “justificar” su fusilamiento.

Pero Antonio Sánchez-Marín sabe muy bien que, desgraciadamente, su tío Severiano no fue la única víctima de la represión franquista entre los maestros de la provincia de Cáceres. En la documentación que guarda celosamente Antonio se acredita que «muchos maestros fueron eliminados mediante tiros en la nuca, paseos, mareos, aplicación de la ley de fugas o juicios sumarísimos sin garantías procesales...» Todos los datos se han ido acumulando en el trabajo minucioso y febril que ha ocupado tantas horas de la vida de Antonio Sánchez-Marín.

TODO LO QUE SABE ANTONIO SÁNCHEZ-MARÍN DE DON SEVERIANO NUÑEZ, MAESTRO DE JARAÍZ DE LA VERA

Severiano era hijo de Jerónimo y de Sinforosa, nació el día 31 de diciembre de 1895, en Barrado, provincia de Cáceres, que esté en la falda de la Sierra de Tormantos, en el declinar de la Sierra de Gredos por el sur, hacia el valle. Se quedó sin padre y eran cuatro hermanos: Gabriel, mi padre, Eduardo, Justa y Severiano. A los tres hermanos los llevaron al colegio de San Calixto en Plasencia —interno al colegio de la Constancia de San Calixto, hoy ya inexistente tal patronato, que se regía por la Junta del Patronato del que formaban parte el ayuntamiento y el obispado— y él sacó el título de maestro. Para sacar el título de maestro tuvo que vender una finca, porque la madre se quedó viuda y no podía darle estudios...

Dotado de una gran inteligencia, estudió, no sin dificultades económicas, la carrera de Magisterio, auspiciado por el maestro del pueblo, Fermín Enciso, quien le inculcó esta vocación por la enseñanza. Por cierto, que una vez sacado el título de maestro, en el año 1914, se modificó el plan de estudios y volvió a estudiar íntegramente la carrera del nuevo plan, que terminó en 1917.

Su esposa quedó inválida por una trombosis a cuenta de un parto, y no tuvieron hijos.

Empieza ejerciendo en Herreruelo, en la provincia de Cáceres, donde fue alcalde desde el 6 de septiembre de 1924 hasta el 26 de febrero de 1930, año que se traslada a Jaraíz de la Vera, donde nada más llegar le nombran secretario del Consejo Local Escolar, ya que por «sus dotes y condiciones y por el tiempo de que dispone y su amor a la enseñanza es el más apto para el cumplimiento de las obligaciones que impone el cargo».

Una vez iniciado el golpe militar, la provincia de Cáceres se adhirió con prontitud a él. Concretamente en Plasencia, José Puente, teniente coronel de Regimiento de Ametralladoras, dominó rápidamente el municipio y los pueblos próximos a la ciudad así sin dificultad, entre ellos los de la Vera y, concretamente, Jaraíz, lo que tuvo inmediatas consecuencias represivas sobre la población.

El magisterio de la provincia de Cáceres no fue ajeno a esa depuración y a la represión franquista y muchos maestros fueron eliminados mediante tiros en la nuca, paseos, mareos, aplicación de la ley

de fugas, o juicios sumarísimos sin garantías procesales, como fue el caso de Severiano Núñez García.

En líneas generales se les dio a los alcaldes el control de las escuelas, pues tendrían que informar al Rectorado del distrito universitario correspondiente de los maestros. A su vez, se encargaba este Rectorado de informar a las autoridades militares con el fin de proceder a las destituciones o nombramientos de maestros.

Cáceres pertenecía al Rectorado de la Universidad de Salamanca, cuyo rector era Miguel de Unamuno hasta que dimitió a raíz de los sucesos del Día de la Raza, el 12 de octubre de 1936.

Uno de los primeros destituidos fue el inspector jefe de Enseñanza, don Juvenal de Vega y Relea, que sería sustituido por Antonio Floriano Cumbreño, profesor de Escuelas Normales y vinculado a la derecha.

El 22 de agosto de 1936, el general de la VII División mandó una circular a las autoridades militares de la provincia en la que se decía que se hiciera una relación de maestros izquierdistas para ordenar su destitución, al mismo tiempo que se les indicaba que fueran sustituidos por los curas párrocos, «auxiliados por el personal sano de ambos sexos que espontáneamente y voluntariamente se presenten para desempeñar este cometido. En todas las escuelas serán restablecidos los crucifijos».

En muchas de las escuelas fueron realizadas estas «entronizaciones» de los crucifijos con toda clase de ornato y boato religiosos, como los dos casos de la ciudad de Plasencia. De esta manera, el Instituto Gabriel y Galán de Plasencia celebra la ceremonia de bendición del «Santo Crucifijo» en la catedral y, seguidamente, su colocación en el instituto, para lo cual, y para darle más solemnidad, invita a todas las autoridades locales.

La maestra de párvulos, Marcelina Ortiz Hernández, envía un oficio dirigido al alcalde en estos términos:

Tengo el gusto de comunicar a V. E. que esta mañana fue cumplida la orden de colocar el Sto. Crucifijo en la Escuela de Párvulos, elevando los niños una plegaria al Todopoderoso por el feliz éxito de nuestro glorioso y valiente Ejército español, y dedicando todo el tiempo que duró la clase a inculcar en los pequeños el amor patrio, los cuales llenos de entusiasmo no cesaban de dar vivas a España, al glorioso Ejército, y mueras a Rusia, ante la vista de la bandera nacional.

Estos actos se repetirán diariamente.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Plasencia, 3 de septiembre de 1936.

Muchos maestros, al incorporarse a sus destinos, se encontraron sus clases ocupadas por dirigentes franquistas, hasta que ellos pudieron demostrar su adhesión al Movimiento y poder reincorporarse a sus destinos. Otros, sin embargo, quedaron separados definitivamente del magisterio, mientras que otros fueron trasladados a otras provincias o separados temporalmente.

El alcalde de Jaraiz de la Vera, Miguel Sanguino, envía un escrito dando cuenta de los «idearios» de los maestros de Jaraiz el 5 de septiembre de 1936, Las fichas ideológicas eran de este expresivo tenor:

- Severiano Núñez García: «Es comunista».

- Tomás Cabrero Lobón: «Francamente izquierdista».
- Eutiquiano H. Barroso Benito: «Francamente izquierdista».
- Sixto Moreno Moreno: «Francamente izquierdista».
- Marcelina González Batuecas: «De derechas».
- Andrea Poblador Macedo: «De derechas».
- Manuela Picado Bermejo: «De derechas».
- Tomás Carmen Martín Blas: «De derechas».

Estos antecedentes fueron puestos en conocimiento de la Comandancia Militar de Plasencia y del señor rector del distrito universitario de Salamanca; los tres primeros fueron destituidos y la alcaldía nombró a los sustitutos correspondientes, «encontrándose pendiente de resolución de la superioridad lo que considere procedente hacer con don Sixto Moreno Moreno», según decía el alcalde; continuó en su puesto, claro está, adhiriéndose al Movimiento.

En la provincia de Cáceres fueron ejecutadas, además de Severiano, las siguientes personas

- El día 5 de agosto en el kilómetro 124 de la carretera Salamanca-Cáceres se encontró en Aldeanueva del Camino el cuerpo sin vida de Aurelio Pascual Lorenzo, maestro de enseñanza y alcalde de Aldeanueva del Camino, de Izquierda Republicana. En su acta de defunción ponía como causa de su muerte: «hemorragia interna».
- El siguiente en ser ejecutado fue Antonio E. Domínguez Chaves, de Ruanes, el día 28 de agosto de 1936, en Almoharín.
- José María Rodríguez Peña, natural de Hervás y maestro de Logrosán, donde fue fusilado el 15 de agosto del 36.
- Pedro Cano Cabeza fue ejecutado en Casas de San Bernardo el 2 de septiembre de 1936; era maestro de Millanes de la Mata, cerca de Navalmoral de la Mata.
- Pedro Fernández Calzo, maestro y alcalde de Ruanes durante el Frente Popular, fue fusilado tras un Consejo de Guerra el día 7 de diciembre de 1936, en Cáceres.
- Pedro Rivera Ramos, de Layos de Toledo, fue fusilado en Cáceres el 12 de julio de 1937.
- Ángel Barrado Tejeda, natural de Malpartida de Plasencia, maestro en ejercicio de Navas del Madroño, murió en Cáceres, fusilado en el Regimiento de Argel, el día 25 de diciembre de 1937.
- Juan José Rodríguez Ruiz, de Guadalupe, fue ejecutado en Cáceres el 12 de julio de 1938.
- A Julio Vieira López, de ideas socialistas, muy significado en el pueblo de Ceclavín, los falangistas se lo llevaron de la localidad y le dieron muerte en la mina La Paloma.

Severiano Núñez García fue juzgado en los primeros días de septiembre de 1936. La composición del tribunal es tan «contundente» como lo fue la sentencia de muerte que emitió:

—Presidente: José Puente Ruiz, teniente coronel del Batallón.

- Vocales: don Nicanor Poblador Márquez, capitán de Infantería, y don Marcos Lobato Castillo, capitán de Artillería, ambos en situación de retirados; don Gabriel Cebriá Torrent, don Carlos Arce Villamide y don Francisco González Dorado, estos tres del Batallón de Ametralladoras nº 7; y como vocal ponente don Victoriano Vázquez de Prada.

- Fiscal: el jurídico militar del territorio, don Jaime Barrios Cuadrillero, oficial primero de Complemento del Cuerpo Jurídico.
- Defensor: Marcial Holgado Casado, teniente del Batallón, y al que él renunció.

VIAJE PARA DESENTERRAR A UN MAESTRO

La memoria de Antonio Sánchez-Marín es como un torrente encauzado por su mente ordenada y metódica de buen maestro. El ha retenido, en su cabeza y en su corazón, todas las cosas mis ejemplares y hermosas de la vida de don Severiano Núñez, su tío, el maestro de Jaraíz de la Vera.

También ha guardado las cosas que más le han dolido en el alma. Y sobre todas ellas, una carta escrita a mano por su tío, el maestro, la víspera de ser fusilado, el 15 de septiembre de 1936. Aquella carta, en la que el pobre don Severiano clamaba por su inocencia y se despedía de su familia sin rencores, dulcemente, conmovió profundamente a su sobrino Antonio y le ayudó a comprender las dolorosas razones de la tristeza de una mujer siempre callada, siempre de luto, que fue su tía, la mujer del maestro. Antonio Sánchez-Marín recordaría siempre a su tía como «una sombra callada, mascullando siempre algo, siempre algo»...

A Antonio Sánchez-Marín le dijeron que a su tío Severiano lo habían fusilado porque quería demostrar que Dios no existía, propósito que a la inocencia juvenil de su sobrino le pareció entonces del iodo incomprensible, aunque más incomprensible le resultaba la idea de- que a don Severiano le hubieran matado por ser ateo, y siempre sospechó que tenía que haber sido por «otras cosas».

Lo que mejor recuerda Antonio de cómo se vivió en su casa la historia del maestro fusilado es el silencio. Con su silencio cubrió su familia la vida y, sobre todo, la muerte de don Severiano. Era un silencio largo, hermético, protector, como si fuera una tumba de piedra cavada a golpes de miedo.

Un día del invierno nos pusimos a viajar Antonio y yo, por todos los caminos de la vida y la muerte de su tío Severiano, el maestro de Jaraíz de la Vera. Venía siempre con nosotros Loli, su mujer, que también es maestra. Ella es muy paciente y comprensiva, pero también es muy sensata. Es la que se encarga, de vez en cuando, de que el bueno de Antonio «aterrice», no sin esfuerzo, desde la ensoñación republicana a la realidad de cada día.

En primer lugar, Antonio y yo viajamos por los rincones de la memoria de los alumnos de don Severiano.

Comenzamos por los recuerdos de Erasmo, que fue el primero que acudió a la cita en el Ayuntamiento de Jaraíz de la Vera. Estaba nervioso, azorado, y no fue fácil hacerle hablar, aunque cuando se arrancaba era como un río sin cauce, saltando de acá para allá. Cuando contaba cómo era don Severiano, su maestro, decía que era «algo fuera de serie», y cuando contaba cómo era Jaraíz de la Vera en aquellos tiempos, decía que «había que trabajar para los señoritos por una perra gorda».

Para que nos hablara de don Severiano otro de sus alumnos tuvimos que desplazarnos desde Jaraíz hasta Cuacos, porque Julio Acosta Pavón es sacerdote y es el párroco del pueblo. Tuvimos que esperar a que acabara de decir misa y él mismo nos llevó en su viejo

coche hasta el bar, donde tuvimos una larga conversación en la que Julio —«don Julio», creo que ahora le llaman así sus feligreses— nos recordaba a su maestro, don Severiano, con emocionada devoción: «Yo tengo 80 años —nos decía, exaltado, vehemente—, he sido profesor, y nunca se me olvida aquella aureola que tenía este señor y el afecto profundo que le teníamos los muchachos...».

Julio, Donato y Erasmo, aquellos «muchachos» alumnos de don Severiano, han querido recorrer de nuevo aquel viacrucis que le hicieron padecer a su maestro por las calles de Jaraíz, esposado y sin gafas. Julio, Donato y Erasmo, y alguno más, iban llorando mientras subían las escaleras del ayuntamiento viejo detrás de su maestro. Setenta años después han vuelto a subir las mismas escaleras, aunque ya no les quedan fuerzas para «acabar» con todos los peldaños. Señala Erasmo el lugar donde el maestro cayó de bruces cuando le pegaban y trata de explicarnos, ayudado por don Julio y Donato, los sentimientos de pena y compasión que tuvieron, «porque aquel hombre no había hecho mal a nadie, era una gran persona, un gran maestro que nos quería mucho y nos enseñaba mucho».

Erasmo, que cuando le conocimos parecía un hombre de pocas palabras, es la voz de la memoria dormida de Jaraíz de la Vera. Sabe muchas cosas, se atreve a decir muchas cosas, y señala sin miedo al causante de la muerte del maestro: «Fue un maestro que había que le tenía odio, le envidiaba, porque don Severiano era muy buen maestro. Fue el que le denunció».

Erasmo nos obliga a darnos de bruces con la brutalidad atroz de la represión franquista en Jaraíz de la Vera. Y nos cuenta que hubo dos mujeres a las que también «les prepararon un viacrucis: les cortaron el pelo y luego las llevaron a matar donde enterraban a las bestias antes, y todo porque eran republicanas. Y una noche sacaron a veintidós personas, las ataron de pies y manos, las mataron y las tiraron al río, y había entre ellas un chiquillo de 18 años no cumplidos...».

A don Severiano le habían ido a buscar a su casa del pueblo de Barrado, donde estaba de vacaciones. Antonio Sánchez Marín y yo llegamos allí a la misma hora en la que fueron a buscarle los falangistas. Era mediodía. El maestro estaba asomado al balcón frente al que estamos ahora su sobrino Antonio y yo. Aquellos falangistas también miraron hacia arriba y le gritaron burlonamente, exhibiendo la chulería negra de sus pistolas: « ¡Baja, pájaro!»...

Clemente Villarín tenía entonces 10 años. Pero se acuerda como si fuera hoy y nos describe la escena, el terror de aquellos momentos: «A él lo sacaron agarrándolo por el hombro, apuntándole con las pistolas. Se lo llevaron cogido por el cuello».

Clemente bracea con violencia tratando de explicarnos que era del todo imposible que nadie se atreviera en el pueblo a evitar la detención del maestro. Y su sobrina Julia, que se ha unido a nosotros, mira hacia los balcones de la casa mientras recuerda que su tío **nunca** tomó en serio los avisos que le daban los amigos, y que siempre decía que no creía que a él le fueran a hacer nada.

Pero Severiano se equivocaba fatalmente. Los falangistas se llevaron a empujones hasta un camión que le llevaría primero a un **calabozo** oscuro y luego hasta las tapias del cementerio. Toda la **solemne** farsa de su juicio militar, sumarísimo, su oprobiosa condena y su ejecución se llevó a cabo en mes y medio.

Cuando Antonio Sánchez-Marín se decide a subir por las escaleras de aquel edificio enorme rodeado de jardines también es una hora cercana al mediodía. Como aquel 1 de agosto de

1936, cuando don Severiano llegó, aturdido y sin gafas, desde el Ayuntamiento **de Jaraíz** de la Vera. Aquella era la sede del cuartel del Regimiento de Ametralladoras nº 2 de Plasencia y de allí sólo salió el maestro de Jaraíz para ser conducido ante el pelotón de fusilamiento, que descargaría veinte disparos sobre su cuerpo.

Antonio ha hecho un trabajo riguroso y lacerante, imposible continuar leyendo en algunos momentos, que tanta es la obscenidad de aquel montaje que dieron en llamar Consejo de Guerra. El juez calificó al maestro don Severiano como «ser peligroso para la **sociedad** e indigno de que siga desempeñando el cargo de Maestro Nacional que viene ejerciendo»... Severiano había rechazado al abogado oficio que se le ofreció y se defendió a sí mismo con serenidad y contundencia. Sólo una vez alzó la voz, trabada por la indignación, para rechazar con vehemencia la única acusación que le hería en el alma, como era la de «enseñar a los niños frases groseras o a levantar el puño». Severiano niega aquellas acusaciones «infames» y alega lo que siempre ha sido su verdad, su Evangelio: que él siempre ha respetado la conciencia de los niños por ser para él «lo más sagrado que existe, *que* tal es la alta consideración que los maestros republicanos tienen para con el niño».

Veinte disparos acabaron con la vida inocente del maestro de *Jaraíz* de la Vera en un campo próximo al cementerio de Plasencia. Su cuerpo, como el de tantos y tantos, fue a parar a una fosa **común**. Los objetos personales que le fueron entregados a la familia eran los siguientes: un portamonedas con cinco pesetas, una cartera de bolsillo con dos gemelos corrientes, un rosario y un escapulario.

No sé de dónde le sale el valor y el ánimo a Antonio Sánchez-Marín, el sobrino de don Severiano, para seguir contando las cosas que me cuenta. No sé de dónde le brota la serenidad, que a mí ya me está faltando, para recordar todo lo que sabe sin maldecir al cielo o al infierno. No sé...

Recuerdo una mañana en que la intensa lluvia golpeaba ruidosamente los cristales del coche, y que Antonio tenía que levantar la voz para que a mí me llegaran claras sus palabras. Y recuerdo que no sabía si me estaban haciendo más daño las cosas terribles que me estaba contando o la mansedumbre de su voz. Esa voz dulce y serena de Antonio Sánchez-Marín, que hoy distinguiría entre mil voces.

Me contó Antonio, en aquel viaje a Plasencia en el que íbamos deprisa (porque yo quería ver aquella fosa, aquella tapia del cementerio), «algo» que a él le movía a la compasión por encima de cualquier otro sentimiento... Me contó la historia tremenda de un recluta que formaba parte del pelotón que fusiló a su tío Severiano, y cómo aquel soldado le gritaba llorando a su madre que él había disparado al maestro pero que estaba seguro de que él no le había causado la muerte... « ¡Pobrecillo! ¡Lo mal que lo tuvieron que pasar él y su madre!», concluyó Antonio al final de su relato... Su insólita y generosa compasión ante el sufrimiento de aquel soldado afianzaron dentro de mí los sentimientos que me han provocado siempre los maestros republicanos: el respeto ante su estatura moral y su decencia, y la pena infinita ante la evidencia de que aquella gente republicana, aquellos maestros, no estaban preparados para combatir el mal. Y mucho menos para saber guardar rencor... Como Antonio.

Antonio Sánchez-Marín fue monaguillo de chico, y un día tuvo delante al cura que confesó a su tío antes de que lo fusilaran. Y tuvo que sufrir —lo recuerda con esa mansedumbre tan

suya— el frío relato de aquel cura. La mirada infantil de aquel monaguillo no pudo encontrar ni un mínimo gesto de compasión ni de pena... «Me lo contó como cualquier otra cosa que hubiera tenido que hacer en su vida, ¿sabes? Pero a mí, que era un chavalillo, me dejó helado

UNA CARTA ANTES DE MORIR. ¡Y TANTAS PREGUNTAS!

Empecé a interesarme por el tema de mi tío Severiano cuando murió mi madre. Entre sus pertenencias encontré una carta manuscrita, una carta original de Severiano Núñez García, que escribió un día antes de morir, el 15 de septiembre de 1936. En la carta expresaba de una manera emocionante que él iba a morir, y cuando se va a morir, decía en la carta, «siempre se dice la verdad, porque la mentira ya no sirve de nada»... Y en la carta se declaraba absolutamente inocente de todos los cargos que se le hacían y se despedía de su esposa, Julia, de una manera emotiva, pidiéndole que en su ánimo y en el de toda la familia quedara clara su INOCENCIA, en cuya confianza moría tranquilo.

Yo nunca me había preguntado por qué mi tía era tan triste hasta que leí la carta. Siempre habíamos oído que su marido murió fusilado en la guerra, porque, nos habían dicho, enseñaba el ateísmo en la escuela, y pretendía demostrar que Dios no existía.

A nosotros nos educaron en la creencia de que quien había muerto fusilado era por algo que nunca debió hacer. «Algo habrá hecho», se decía a modo de justificación (lo que luego vimos que *era* falso), y eso de enseñar el ateísmo tenía que ser una causa suficiente para «matar» a quien lo practicara. A nosotros, repito, nos educaron en esa creencia, ni siquiera podíamos atrevernos a pensar que la pena de muerte debiera ser abolida; no nos habían educado en estos valores.

De todos modos, aunque tuviera como normal el que hubieran fusilado a mi tío, yo no creía que hubiera sido un delincuente, no. Yo siempre dudaba de que pudiera ser tan malo que mereciera la muerte.

En cierta ocasión me dijeron: «Tu tío era un hombre que se metió en muchos problemas, que quería demostrar que Dios no existía». Yo no entendía que alguien quisiera enseñar que Dios no existe; Dios existe, sin lugar a dudas, como nos habían enseñado desde pequeños. «¿Cómo alguien podía dudar de una verdad tan incuestionable?», nos preguntábamos. Tampoco profundizábamos mucho en esta idea de que le hubieran matado por ser ateo. «Sería por otras cosas, además», pensábamos. Es hoy, con el paso del tiempo, cuando nos produce sonrojo este conformismo nuestro ante aquellos tristes acontecimientos.

(La clave de toda esta ignorancia en la que estábamos sumidos la encontré en el relato que escuché a Alberto Barrado, hijo de Ángel Barrado, fusilado el 25 de diciembre de 1937, maestro de Navas del Madroño, quien dice que, siendo niño, llegó a sus oídos que a su padre lo mataron por «rojo» y por «ser maestro de ideas avanzadas». Y él se preguntaba y se lamentaba: «¿Qué clase de "bicho" sería mi padre... que tuvieron que matarlo estas bellas personas de tan excelsa bondad, cuya vida Dios guarde muchos años...? ¡Qué mala suerte hemos tenido que nos ha tocado un padre así!». Barrado recuerda: «Mi madre, una vez muerto mi padre, nos sumergió en la Iglesia y en la Falange a mí y a mi hermano, para protegernos. La pobre nos dio esta explicación cuando supimos la verdad de lo que pasó realmente y que ella, por miedo, nunca nos contó).

Entonces empecé a investigar la figura de mi tío Severiano, a indagar sobre él, y descubrí que era un hombre de unas condiciones excepcionales. Me arrepiento de no haber iniciado antes este camino,

quizá porque era difícil hacerlo en la época de Franco, quizá también porque nuestra conciencia estaba adormecida... Pero me arrepiento ahora, porque si hubiera empezado a indagar hace más tiempo, podría haber hablado con mucha gente muy allegada a él, como por ejemplo sus hermanos, a los que no he conocido... No he tenido nunca claro quién era su familia, pues había siempre un temor a hablar de él, incluso me llevé una sorpresa cuando descubrí que mi mejor amigo, Zósimo, era hijo de Eduardo, el hermano de mi tío.

A mi tía Julia, su mujer, la tenían metida como en una urna, no podíamos hablar con ella sobre este tema.

El silencio absoluto de mi abuela, de mis padres, de mis tíos... era por el miedo que impedía hablar con tranquilidad, y ahora comprendo la causa de que mi tía tuviera tanto pavor, tanto, que cuando se mencionaba en casa a la Guardia Civil, ella siempre se metía en su habitación y se quedaba allí quieta y callada. Las casualidades de la vida: su hermana Ramona se casó con un guardia civil, una persona excepcional, mi tío José, quien, por cierto, la quería mucho, y en su casa vivió los últimos años de su vida, y en ella murió.

Cuando leí aquella carta de despedida de mi tío sentí una emoción tremenda y por eso me propuse indagar sobre la verdad de lo que había pasado, porque ninguna muerte se puede justificar por ninguna idea, ni aunque fuera, siquiera, porque defendiera el ateísmo. No quise permanecer quieto ante los interrogantes que me planteaba aquella carta, que traslucía el espíritu de un hombre que demostraba una nobleza y unos sentimientos muy grandes. También me di cuenta, por la carta, de la preocupación tan tremenda que tenía por su familia, a quienes les hacía una serie de recomendaciones que demostraban su inquietud por ellos...

Mi tía Julia *era* como una sombra. Siempre callada, siempre triste, siempre enlutada, sentada a la puerta de la casa en la época veraniega o a la orilla del brasero en días de frío, mascullando algo ininteligible, absorta, pensando, con la mirada puesta en el infinito, añorante de sueños no vividos, de esperanzas frustradas. Aunque parecía ausente, siempre estaba atenta a todo lo que pasaba a su alrededor, tratando de complacer a quienes se preocupaban por ella, ayudando en lo que podía; inválida, tenía medio cuerpo paralizado por una trombosis a consecuencia de un parto que, incluso, le impedía hablar; sólo pronunciaba palabras sueltas y ligeras de sílabas; «coño» era su expresión más común cuando se irritaba por algo, sobre todo cuando pensaba en su tragedia irremediable... Este exabrupto, pequeño pero rotundo, contundente, era la única válvula de escape que tenía aquella alma atormentada por el asesinato de su marido.

Una de las pocas cosas que hacía era poner la mesa, con su pequeña movilidad de la mano izquierda. Era esencial para ella, para sentirse útil en algo, en algo... La queríamos mucho; nunca se metía con nadie; mi abuela era muy rígida con nosotros y ella, en cambio, siempre era benevolente, y nos dirigía una sonrisa cuando la abuela nos reñía... Con nosotros era siempre muy cariñosa.

JULIA NÚÑEZ, SOBRINA DE SEVERIANO

Julia Núñez, sobrina de Severiano, hija de su hermano Gabriel, vive todavía en su casa de Barrado. Habla con mucho miedo, que aún hoy siente. No puede disimular su tristeza al recordar lo que pasó la familia con aquella muerte tan trágica:

Mis padres sabían perfectamente quiénes eran los que vinieron a buscarle, cómo se llamaban, pero a mí nunca me lo dijeron. Es que ellos evitaban hablar de esto, mi padre se ponía malo, no quería ni mentarlo. Por eso en mi casa se ha hablado poco de este tema... Por miedo, por impotencia-

Sé que los que se lo llevaron ya se han muerto también, pero no sé quiénes eran... En mi pueblo a mi tío lo querían mucho, porque el día en que se le hizo un homenaje fue mucha gente. Lo que pasa es que tampoco se ha dado mucho a conocer su caso, mi padre lo tuvo siempre oculto, siempre con miedo a hablar... Recuerdo que mi abuela tenía la esquila del periódico metida en el cuadro y la sacaba y nos la enseñaba como si fuera un secreto, con miedo, con temor, con rabia, con impotencia de no poder hablar... No se podía decir nada... A pesar del tiempo que había pasado, todavía tenían miedo, miedo a decir que les había pasado eso, que les habían hecho eso... Mi abuela, sobre todo, ¡tenía un miedo!... porque lo habían vivido...

Recuerdo que con 6 años me llevaron a Jaraíz, donde entonces estaba mi tío de maestro. Él era también mi padrino y, como no tenía hijos ni nada, era muy cariñoso conmigo. Aquel día mi tío me compró unos pendientes de oro y entre mi madre y él me los pusieron en las orejas... Yo era muy pequeña, pero me acuerdo de aquello. Luego me llevaron a los toros... Recuerdo aquella tarde como estupenda.

El miedo les hizo negar su pasado, y es lo que hizo mi tío Severiano en su casa de Barrado cuando oyó que el ejército se había sublevado, eliminar todo aquello que le pudiera comprometer, libros, revistas... Esto me lo ha contado su cuñada Ramona, que entonces tenía 12 años.

«No desaparece lo que se olvida, sólo lo que muere». Ella, sin embargo, no olvidó nunca. Siempre tenía presente a su marido y su trágica muerte. Cuando en su ensimismamiento, en la introspección que hacía continuamente de su vida, esbozaba una ligera sonrisa, *era* por el recuerdo agradable de algo de su pasado; su gesto adusto, otras veces, denotaba la amargura de la tristeza que la embargaba.

A su sufrimiento, al sufrimiento de todas las viudas, al olvido, hay que añadir la carga del estigma que recaía sobre todas las familias de los rojos y, especialmente, a las mujeres de los rojos. A ella, por esa consideración de mujer enferma y por estar muy arropada por su familia, le cayó un poco de lejos esta «culpabilidad». Sin embargo, sufrió demasiado en silencio esa tragedia.

Le arrebataron a su hombre, pero quedó su alma, el alma noble del luchador por causas justas, el maestro Severiano, el alma erguida siempre del maestro comprensivo, amante de los niños, a quienes sirvió de faro, de luminaria a lo largo de sus vidas, alma nítida e inviolable del hombre justo que supo vivir por y para los demás.

ERASMO: «DON SEVERIANO ERA UN GRAN MAESTRO»

En el Ayuntamiento de Jaraíz, donde la concejala de Bienestar Social, Marisol Benítez Nevado, le había citado para hablar con nosotros, nos esperaba uno de los alumnos de Severiano: Erasmo Sánchez Labrador, un hombre alto, firme, con cara amable, afable en el trato, y que denotaba en sus ojos la satisfacción que sentía de poder expresar todo el cariño y admiración que tenía y conservaba a través del tiempo por su maestro, y que nunca antes, obviamente, pudo hacer. Nos habla de él de una manera pausada, pero convincente; como si quisiera rendirle el tributo que, en silencio, internamente, le ha estado guardando durante tantos años.

Don Severiano era, en primer lugar, una excelentísima persona y un gran maestro. Le preocupaba inculcar disciplina a todos los alumnos. Nos hacía entrar en la escuela dando los buenos días, y él nos contestaba. Nos enseñaba las cuatro reglas, geografía, aritmética, historia de España, geometría... Nos enseñaba de todo, todo nos lo explicaba, porque no teníamos libros, ni cuadernos, ni bolígrafos ni nada. Era algo fuera de serie. De sus clases salieron alumnos maravillosos, chicos que

después han sido hasta directores de banco... Él nos enseñaba de todo, hasta a escribir con la izquierda por si algún día nos hacía falta.

Cuando don Severiano me daba clase yo tenía 12 años. Mis padres eran muy buenas personas, muy trabajadores. Éramos siete hermanos, teníamos una carpintería y en aquellos años no vivíamos mal. Mi padre no *era* borracho, ni jugador, ni mujeriego, siempre tenía trabajando a tres o cuatro oficiales, pero había que trabajar para los «señoritos» por una «perra gorda», y a base de horas, y horas, y horas... Eran aquellos años de la esclavitud, del Tercer Mundo... Y esto era Jaraiz de la Vera... Aquí no hubo ni un tiro, no hubo problemas de guerra, y sin embargo pasó lo que pasó. Gracias a que siempre hay personas buenas en los pueblos, como don Venancio Trujillo, por ejemplo, que se impuso y dijo que de aquí no salía ni un hombre más... Si no, se quedan más de la mitad de las mujeres viudas... Eso fue así.

[La caligrafía era entonces una necesidad vital para poder ocupar puestos relevantes en la vida. Y a ellos, los maestros de aquella época, les preocupaba mucho esta faceta educativa de sus alumnos. Por ello, Manuel Cortés, otro alumno suyo, y que también muestra su entusiasmo por manifestarnos el cariño y la admiración que sintió siempre por Severiano, nos muestra orgulloso un escrito con la caligrafía que él le enseñó, que, dice, es muy parecida a la de su maestro].

JULIO ACOSTA PAVÓN: «NUNCA SE ME OLVIDARÁ»

Julio Acosta Pavón, actualmente sacerdote, es un personaje simpático, vehemente, muy amigo de sus amigos, con quienes comparte aficiones como la del fútbol, al que es un gran aficionado; campechano, de cara sonrosada, no dudó en desplazarse desde Cuacos, donde estaba celebrando misa, y acompañarnos a Jaraiz de la Vera, al lugar donde estaba la escuela.

Don Severiano era un maestro preparadísimo, con métodos muy avanzados para su tiempo (los años 33, 34, 35). Siempre que hablo de don Severiano recuerdo que era muy avanzado en su metodología, en su manera de enseñar, muy culto para las letras. Era un hombre que valía para todo, y además de enseñarnos cosas de la escuela, nos enseñaba cosas prácticas de la vida... A saber respetarnos unos a otros, a no fumar, a ahorrar. Yo tengo 80 años, he sido profesor, y nunca se me olvida aquella aureola que tenía este señor y el afecto profundo que le teníamos los muchachos... Sabía mucho de literatura, nos enseñaba a escribir...



Las escuelas públicas de Jaraiz de la Vera eran así a finales de los años veinte. Ocupaban los «bajos» del edificio del ayuntamiento, que todavía hoy sigue en pie. Era un tiempo en el que enseñar a leer y a escribir constituía un duro oficio para los maestros de pueblo, un oficio mal pagado, sobre todo. Nada más expresivo que aquel dicho popular y comunmente aceptado: «Ése tiene más hambre que un maestro de escuela».

Severiano comenzó a ejercer como maestro en la escuela de un pequeño pueblo de la provincia de Cáceres: Herreruela. Ésta es su primera fotografía con sus alumnos. Sólo dos consiguen mantener las apariencias y la solemnidad del momento con una corbata. Algunos posan con el «guardapolvos» reglamentario. Los más pequeños exhiben sin pudor, con la inocencia lacerante, los pies descalzos... El maestro fusilado en Jaraíz de la Vera sería el modelo de enseñante republicano que intentaría luchar denodadamente contra el atraso endémico de los niños en un tiempo de miseria y desamparo.



Don Severiano Núñez García en una fotografía realizada en 1931. Comenzaba para él una etapa de abierto y radical compromiso con la causa de la enseñanza, sin duda el más firme objetivo regenerador de la República. Su ideario quedaría reflejado en los lemas que escribiría personalmente en los certificados de escolaridad de sus alumnos: «Consérvate sano, siempre adelante», «Todo trabajo es digno si se desempeña con honradez y talento», «El hombre trabajador gana su vida; el holgazán la roba». Estos «peligrosos» valores fueron barridos por la represión franquista, con veinte disparos de fusil, el 15 de septiembre de 1936.

SEVERIANO Nuñez García, ya maestro de Jaraíz de la Vora, se fotografía
Con sus alumnos y otro maestro, al comienzo del curso escolar 1931-32
Nada más llegar a la escuela sería nombrado secretario del Consejo Local escolar.
Las motivaciones de su elección reflejan cortemente su talante y vocación "Sus
dotes y condiciones, por el tiempo de que dispone y su amor
A la enseñanza». Un amor que le costó la vida y que le hizo exclamar en el juicio
sumarísimo que le condenaba a muerte que «la conciencia de los niños es lo más
sagrado que existe». Fue la única vez que levantó su voz para defenderse de las
venenosas calumnias con las que se intentaba «justificar» aquel inicuo asesinato.





Fueron a buscarlo a su casa de Barrado, donde pasaba las vacaciones. Su sobrina Julia no olvidará lo que le contaron sus padres, porque entonces ella tenía ocho años y sólo recuerda que el tío Severiano la quería mucho, que era pequeñito y delgado, y que un día le regaló unos pendientes de oro y la llevó a los toros porque era su padrino de bautizo. Julia señala hacia el balcón de la casa donde estaba asomado su tío Severiano cuando llegaron, de repente, los falangistas. Su madre le dijo que antes de bajar llevaba puestos un anillo y un reloj de oro y se los quitó... «pensaría que allí donde lo llevaran no los iba a necesitar».



Clemente Villarín tenía entonces 10 años, pero asegura que no se le olvidará aquella mañana del 1 de agosto de 1936: «Yo estaba en la puerta de mi casa, que está junto a la de don Severiano, y vinieron unos cuanto; falangistas que le gritaron: "¡Baja pájaro!" Y tres o cuatro entraron a por él, y otros tantos le esperaban aquí, en la puerta, y se lo llevaron a empujones a la plaza y lo subieron a un camión». Recuerda que se llevaron al maestro agarrado por el cuello.

A Erasmo Sánchez, alumno del maestro de Jaraíz, le faltan las palabras para hablar de él. Vino corriendo hasta el ayuntamiento en cuanto supo que podía ser la ocasión para hablar de don Severiano: «Era, una excelentísima persona y un gran maestro», dice una y otra vez. Erasmo refleja de manera bien clara cómo era su maestro don Severiano: «Nos enseñaba de todo, todo nos lo explicaba, porque no teníamos libros, ni cuadernos, ni nada».



Manuel Cortés Muñoz se considera un privilegiado por haber recibido las enseñanzas de don Severiano. Pero le llena de orgullo una, sobre todo: la caligrafía. Manuel llegó a escribir «casi» tan perfectamente como su maestro, con su misma letra armoniosa y clara. Recuerda aquella época de su infancia ante la puerta de la vieja escuela de Jaraíz de la Vera.





Julio Acosta Pavón también fue alumno del maestro de Jaraíz de la Vera. Es sacerdote y tiene la memoria viva y llena de fervorosa devoción por su maestro: «Yo tengo 80 años, he sido profesor, y nunca se me olvida aquella aureola que tenía este señor y el afecto profundo que le teníamos los muchachos. Sabía mucho de literatura, nos enseñaba a escribir...» Julio afirma sin rodeos: «Yo creo que lo fusilaron simplemente porque era republicano».

Manuel, Julio y Erasmo han vuelto a subir por la misma escalera del ayuntamiento que llevaba a la escuela. Por ella subían llorando aquella tarde del 1 de agosto de 1936 detrás de su maestro, detenido. Llevado a empujones por los falangistas. Severiano era conducido al calabozo municipal y muchos niños como Manuel, Julio y Erasmo iban detrás de él, llorando. Entre los tres evocan aquellos momentos patéticos como si estuvieran sucediendo de nuevo: «Cuando vimos al maestro, medio muerto ya, el pobre, demacrado, sin gafas, y cuando le pegaron y cayó de bruces, a todos los niños nos dio pena y compasión, porque era un gran maestro y nos quería mucho».





Cuando Antonio Sánchez Marín se decide, conmovido, impresionado todavía, a subir por las escaleras de aquel edificio enorme, también es una hora cercana al mediodía. Como aquel 1 de agosto de 1936, cuando don Severiano, que era su tío, aturdido y sin gafas, llegaba al ayuntamiento de Jaraiz de la Vera. Aquélla era la sede central del cuartel del Regimiento de Ametralladoras n.º 2 de Plasencia. De allí sólo salió el maestro para ser conducido ante el pelotón de fusilamiento, que descargaría veinte disparos sobre su cuerpo. El juez que lo condenó a muerte lo calificó como «un ser peligroso para la sociedad, e indigno de que siga desempeñando el cargo de maestro nacional que viene ejerciendo».

Éste es el documento gráfico más importante de la vida del maestro de Jaraiz de la Vera: la carta de despedida a su mujer que escribió el día anterior a su fusilamiento. Su obsesión final será proclamar su inocencia y, su preocupación generosa, conseguir una pensión a la «ya» viuda. Los nervios le llevaron a confundir. dramáticamente, la fecha de la carta. Fue en septiembre, no en octubre.

Querida Julia: Como supongo que
cuando vengas no tendré ánimo para pu-
der hablarte con la suficiente serenidad
te escribo esta carta, que no sé si llegará
a tus manos para decirte solamente
una cosa: "Soy inocente" En estos mo-
mentos sofrennos tan que no se miente, porque
la mentira es inútil y yo desco y quiero lle-
var a tu ánimo, mejor dicho al vuestro, al
de la familia la idea que dejó expre-
sada y en la convicción de conseguirlo
muero tranquilo.

Si te conceden la pensión de viudedad
procura ayudar a Abelulia: ya sabes la pre-
ferencia que yo siempre he tenido por ella
no te recomiendo a Ramona por esperar
que Sofia se encargará de su carrera.

Adios mi último pensamiento será pa-
ra la familia y de un modo especial pa-
ra ti.

Severiano

Plasencia 15-10-1936



«Ellos» le hicieron, sin querer, el más grande honor al maestro de Jaraiz de la Vera: matarlo con ellos, mezclarlo con ellos, con los más humildes.

En la muerte y «más allá de la muerte»..., el soneto de Quevedo es la más certera expresión de esa unión, acaso sagrada, entre el maestro y todo el que se acercó a él buscando una palabra de decencia y dignidad. Sus cenizas «serán cenizas, mas tendrán sentido; polvo serán, mas polvo enamorado». Enamorado, como tantos otros maestros asesinados, de la vida y de la libertad.



En esta tapia del cementerio de Plasencia fue fusilado don Severiano Núñez, maestro de Jaraiz de la Vera, el 16 de septiembre de 1936. Veinte disparos de fusil destrozaron su cuerpo, y esta brutalidad, sin medida, era la medida del miedo de sus asesinos a que las ideas del maestro, su entrega radical por la extensión de la cultura y la libertad, llegaran a los más humildes, siguieran con vida. El terror y la pureza de corazón libraron, en este oscuro lugar, su más desigual y atroz combate.

Pero alguien aceptó, en nombre de todos los demócratas, la responsabilidad de que el cuerpo de Severiano Núñez y otros muchos republicanos fusilados no desaparecieran en una fosa común. Julián Benavente rescató los restos de todos ellos de este lugar y los guardó, secretamente, en un garaje de su casa durante mucho tiempo. Hasta que pudieron salir a la luz de la libertad sus huesos y calaveras. Cuenta Julián Benavente que entre aquellos cadáveres había un montón de alpargatas y un solo par de zapatos, los de don Severiano. un peligroso «desclasado» al que la derecha no perdonó que se uniera a la causa de los más humildes.



Entre estas tías fotografías sólo han pasado cuatro años; suficientes para «ver»
Distancia que todavía existe entre la dignidad de la memoria y el intento.
devastador, de que esa memoria desaparezca. El 24 de agosto de 2002,
un sobrino del maestro de Jaraíz de la Vera que, como él, se llama Severiano.
Descubre una lápida en la casa de Barrado donde nació. En agosto de este año
(2006) LOS NUEVOS dueños de la casa arrancaron la lápida. Fue por la noche, nadie
En el pueblo los vio, pero luego se supo que ellos no querían «tener eso» en su casa... Sus
sobrinas, Florencia y Julia sólo pueden señalar las marcas que ha dejado
aquel modesto recuerdo del maestro fusilado





Antonio Sánchez Marín, sobrino de don Severiano Núñez, es maestro como su tío. Guarda en su cartera, de la que nunca se separa, la historia de la vida y muerte del maestro de Jaraíz de la Vera, y las de otros muchos maestros que acabaron, como Severiano, ante un pelotón de fusilamiento. Guarda también la lista, inacabable, de miles de maestros represaliados.

Un día, Antonio Sánchez Marín vino a mi casa para hablarme de «sus» maestros de la República, y se quedó en mi vida para siempre. Y yo me quedé atrapada en las suaves redes de su bondad e inocencia.

ANTONIO SÁNCHEZ-MARÍN

No sé cuándo empezaría mi tío a tener problemas. Yo creo que en aquella época todo el que defendía un ideal de izquierdas o de progreso era siempre odiado por aquellas personas que eran de derechas. Era un hombre que se preocupaba por todo: no sólo de la enseñanza, que también, sino además por el progreso social de los pueblos.

Antes de ir a Jaraiz había sido maestro de Herreruela, donde también fue alcalde —desde el 6 de septiembre de 1924 hasta el 26 de febrero de 1930—. Durante su mandato se hicieron las nuevas escuelas y se hizo el Pozo Corral, que, al parecer, es una gran obra para la traída de agua, muy apreciada por el pueblo, además de conseguir en 1929 la electricidad, un enorme logro para aquella época.

Uno de sus alumnos, Mariano Segundo Navo, nos dice nada más presentarnos a él que fue «el tío que más valió en el pueblo». Eso mismo nos confirma su ahijada Obdulia, cuya familia tuvo muy buenas relaciones con el matrimonio, Severiano y Julia. Me mostró una fotografía suya que le dedicó a ella y que la guarda como un tesoro. El nombre de Obdulia se lo puso por su cuñada Obdulia, que aún vive, a quien en la carta de despedida hace referencia: «Ya sabes la preferencia que yo siempre he tenido por ella».

La hermana de Obdulia me contó que en una excursión que hicieron a la Vera hacía unos quince años, quizás más, otro de sus alumnos intentó localizarle sin éxito, sabedores de que se trasladó en su día a Jaraiz. Aquello era una demostración del cariño y el recuerdo que le tenían.

Era, al decir de quienes le conocieron, un maestro muy exigente, lo que, dice Mariano, era muy conveniente para que los alumnos progresaran adecuadamente y consiguieran después tan buenos resultados. Me hace una referencia de alumnos suyos que después han ocupados magníficos puestos.

Mariano lo califica como un buen hombre, muy leal, muy comunicativo con los padres, muy metido en la vida del pueblo, muy interesado en sus problemas, lo que le llevó a ser alcalde con una intensa dedicación, con los magníficos resultados a los que antes hemos hecho referencia. Iba, sigue diciendo, siempre con la mirada alta y siempre llamando «al pan, pan y al vino, vino», para expresar su franqueza y carácter limpio.

Otro alumno, Donato Zarco, recordaba también a mi tío con mucha veneración, y guardaba con un enorme cariño una fotografía suya con los alumnos. Lloró de alegría al recordarle, y también de aflicción al saber su triste destino, lo que le entristeció en extremo.

Me dio una copia de la fotografía: en ella se aprecia que, a pesar de que se habían puesto sus mejores galas, los niños de la primera fila, donde él se encontraba, tenían los pies descalzos, muestra de la miseria de entonces.

La Constitución de diciembre de 1931 consagró el laicismo escolar, que fue aplicado en la escuela.

Además, los maestros empleaban unos procedimientos pedagógicos que también fueron considerados peligrosos por la Iglesia, porque algunas ideas, como el «naturalismo pedagógico» —que señalaba que todo lo que sale de la naturaleza es bueno y se corrompe en contacto con el hombre, además de negar el dogma de fe católico del pecado original—, provocaron la reacción de la Iglesia y de los curas, quienes, a través de sus sermones, criticaban a los maestros que ponían en práctica esos procedimientos progresistas. Todo aquello caló profundamente en la mente poco cultivada de los españoles, sobre todo en las zonas rurales, que empezaron, consecuentemente con estas «doctrinas», a considerar a los maestros como enemigos de la Iglesia.

Se decía de ellos, de los maestros republicanos, que eran ateos y que lo enseñaban; que habían quitado los crucifijos en las escuelas y que vertían «ante sus alumnos ideas y doctrinas contrarias a la Religión, la Patria y la Familia», como decía el escrito que, de los maestros, entre ellos Severiano, el alcalde de Jaraiz envió al rector del distrito universitario de Salamanca.

Esto es el fundamento de la enorme depuración del colectivo y la muerte de los maestros republicanos. La depuración fue tremenda: primero se les separaba del Cuerpo de Maestros, hasta que demostraran que se adherían al «Glorioso Movimiento Salvador», lo que les «rehabilitaba» para el ejercicio docente.

En el caso de Severiano, y en clara contradicción con esas acusaciones, baste decir que entre las pertenencias que fueron entregadas después de su muerte a su cuñado, Feliciano Sánchez-Marín Calero, «para entregar después a su viuda, según la voluntad que el finado expresa al sacerdote que le auxilió», figuraban ciertos objetos religiosos que denotan sus profundas creencias católicas: «Un crucifijo y rosario y escapulario».

Lo que sí es cierto es que antes de morir le hicieron firmar un documento donde decía que pedía perdón por sus pecados, y que perdonaba a aquellos verdugos que, por imperativos de la ley, iban a acabar con él, y que moría dentro del seno de la Iglesia católica. El escrito está hecho a máquina y, ciertamente, firmado por él, pero pienso que era una fórmula que empleaban para todos los que fusilaban. Un hombre cuando va a morir puede negarse a hacer lo que le impongan y, si él no lo hizo, fue porque sus creencias religiosas se impusieron a otras consideraciones personales, íntimas.

Casualidades de la vida me llevaron a conocer al sacerdote que dijo que le había confesado antes de morir. Me explicó «que había tenido una muerte ejemplar, digna de un buen católico». Fue un día que estaba en la sacristía esperando para ayudarle a decir la misa, estábamos hablando normalmente y de pronto me lo señaló. Se llamaba Juan Barba, aunque este apellido no sé si era el primero o segundo: tenía una enorme voz que utilizaba tanto para cantar en el coro de la catedral como para «amonestar» a los fieles que no cumplían con los preceptos eclesiásticos. Era muy brusco y le negaba la comunión a cualquier mujer que se acercara a recibirla con los labios pintados, o les impedía entrar a la iglesia si no llevaban medias. Recuerdo una anécdota de él en los años cincuenta. Llegó a la plaza de Plasencia una pareja de turistas franceses con pantalones cortos. Al verlos, el cura se acercó a ellos, atravesando la plaza y gritándoles como un poseso: «¡Impúdicos, deshonestos, fuera,

fuera...!». El resto se lo pueden imaginar; la reacción de aquellos turistas fue la de salir huyendo, escandalizados de tan energúmeno proceder.

El relato de la confesión a Severiano no lo hizo con mucho sentimiento, sino en un tono bastante imparcial, casi como si me estuviera advirtiendo para que fuera prudente. En cierto modo me sorprendió porque nunca había hablado con él de esas cosas, ni con nadie, y yo ni siquiera sabía que él conociera detalles de la muerte de mi tío... Nosotros sólo sabíamos que la tía Julia era viuda porque a mi tío lo habían fusilado, sin más, y la verdad es que me sorprendió que me lo dijera, porque era un hombre bastante afecto al Régimen... Pero eso a mí, entonces, me causó una gran impresión y me alegré infinitamente de que me lo dijera: que había muerto con una gran entereza, aunque fuera en esas circunstancias, porque su figura se me agrandó, se me agigantó un poco más... Me empezó a inquietar, yo tenía 12 años entonces, pero tampoco puse mayor interés en averiguar más.

[Julio, el sacerdote, alumno de Severiano, confirma la religiosidad de don Severiano: «Me acuerdo que cuando llegó la República quitaron el catecismo de las escuelas, que hasta entonces se enseñaba, y él nos dijo: “Tengo que obedecer, pero, particularmente, al que quiera yo se lo enseño” »].

Erasmus, el otro alumno, precisa: «No recuerdo que él quitara un crucifijo ni nada de eso... Don Severiano tampoco nos hablaba de Dios, aunque nunca hablaba mal de la religión... Todo eso son cosas de los canallas que hubo aquí...»].

En aquella época hubo muchos curas que delataron a maestros. En cuanto al cura de Barrado, don Roque, dudo mucho que se implicara en denunciarle... o en defenderle. De los de Jaraiz no puedo decir nada en concreto. Los curas en sus sermones fueron quienes hicieron creer que los maestros eran ateos, y no sólo que lo fueran, sino que lo predicaban... Yo no tengo ninguna constancia de que en Jaraiz los curas le denunciaran.

Mi tío Severiano llegó a Jaraiz en el año 1931, recién inaugurada la República. En el sector de la derecha, de los terratenientes, estaban un poco inquietos en contra de la izquierda, que predicaba la igualdad social. Mi tío era un hombre comprometido con esta lucha social, por la implantación de los valores republicanos de la igualdad, el pluralismo, la civilidad... Una de las pruebas de esta preocupación social la vemos en la iniciativa de Severiano, que propone en el Consejo Local de Educación cambiar el horario y aumentar el descanso entre la sesión de la mañana y la tarde, para que los niños pudieran llevar a sus padres la comida al campo y evitar el absentismo escolar por la tarde, en una clara demostración de sus inquietudes docentes.

Severiano era un progresista que leía libros avanzados en aquella época, por eso, muchos de ellos estaban en el índice de libros prohibidos. En el año de 1934, cuando empezó a gobernar la CEDA, la Guardia Civil fue a su casa a retirarle estos libros que ellos consideraban subversivos. Cuando en el 1936 ganó el Frente Popular, él se fue al cuartel y reclamó que le devolvieran los libros que se habían llevado, pero empleando el mismo procedimiento, es decir, llevárselo a su casa, de donde los habían retirado, lo que le granjeó la enemistad de la Guardia Civil, concretamente del sargento, que fue quien, precisamente, inició su proceso.

Entre sus pertenencias he podido recoger unos libros de pedagogía, ciencia que adquirió mucho auge en los nuevos planes de Magisterio. Precisamente, junto a las cartas de despedida, quedó una nota escrita a sus cuñados el día 15 de septiembre, el día anterior a morir, en la que hacía una relación de sus deudas y de sus acreedores, y en la que decía «se debe de la Psicología que está en el Barrado 40 pesetas; si a Eloy o a Feliciano [sus cuñados] les conviene esa obra pueden terminar de pagarla y en caso contrario devolverla. Tampoco se ha pagado a don Ubaldo, el médico, la asistencia que prestó a Obdulia».

De su preocupación por la enseñanza, de su compromiso con ella, con la educación en valores positivos de los niños, nos da prueba en el título personal que concedía a sus alumnos cuando, acabada su escolaridad obligatoria, les acreditaba para «ser admitidos en fábricas y talleres, y para continuar sus estudios en cualquier centro oficial de enseñanza». En los bordes y en el reverso de dicho título les daba consignas a tener en cuenta a lo largo de sus vidas, reflejo fiel del maestro íntegro, del maestro total que quiere extender su misión educadora más allá del tiempo que está el alumno bajo su docencia directa: «Trabaja, ahorra, consérvate sano, ¡siempre adelante!; querer es poder; el ahorro es la expresión del dominio del hombre sobre sí mismo; el tabaco y el alcohol arruinan la salud y amodorrán el espíritu; el hombre trabajador gana su vida; el holgazán, la roba; todo trabajo es digno si se desempeña con honradez y con talento».

Un esperpéntico juicio sumarísimo

Siguiendo la pista de mi tío Severiano, demandé de las autoridades militares que me permitieran acceder al proceso judicial, al juicio; lo pude tener entre mis manos en las propias dependencias del Archivo Central Militar, y me consintieron fotocopiar veinte folios, con los que hice un estudio del juicio sumarísimo. Los hechos sucedieron con una dramática rapidez.

Severiano, al dar las vacaciones escolares —que en aquella época eran a mediados de julio—, se marchó a Barrado para acompañar en vacaciones a su esposa, que estaba atendida por su madre, Paula, dada su invalidez.

El comandante de puesto de la Guardia Civil de Jaraiz, el sargento Eladio García Bejarano, que tenía cierta fijación con él por lo que contamos antes de los libros prohibidos, se personó en Barrado al objeto de preguntar a Severiano Núñez García si antes de partir de Jaraiz tenía noticias de que se estaba fraguando el Movimiento, a lo que él contesta que desconocía tal extremo y niega, además, su intervención en ninguna organización extremista.

También se toma, ya en Jaraiz, por el mismo comandante de puesto, declaración a varios testigos, entre ellos a un compañero suyo, Miguel Sanguino Gutiérrez —luego fue el alcalde— que era maestro privado, sin demasiada cultura por lo que vemos en sus escritos, que declaró que Severiano era asesor de Gabino Macías Díaz, presidente de la Casa del Pueblo, y que, a pesar de que como compañero le advertía de la gravedad de ello y el daño que hacía a la profesión de maestro, Severiano le contestó que «no necesitaba de su consejo», por lo que Sanguino retiró de la escuela a su hijo, «sin dejar de advertirle —insiste Sanguino en su testimonio— que era deshonroso que óbstantara [sic] el elevado título de Maestro Nacional».

Otro testigo en el juicio contra Severiano, Alfonso Ramos Muñoz, le acusó de aconsejar a los dirigentes marxistas y comunistas y de darles normas para la organización de las Guardias Rojas, y que aconsejó al presidente de la Casa del Pueblo que matara o quemara en su casa, con su familia, al alcalde... ¡que era de izquierdas!

El tercero, Valentín Aparicio Jiménez, le acusa de tener noticias de la propia familia del «trato criminal que viene dando de hace algún tiempo a su propia esposa» y manifiesta su actuación revolucionaria organizadora tanto en esta villa como en su propio pueblo natal, Barrado.

Un cuarto declarante, Juan López, manifiesta que a un chico le había preguntado qué era lo que tenía el perro entre las piernas; el chico se quedó estupefacto, y él le aclara que eran los «cojones», por lo que el declarante aconsejó al padre del chico que se lo había contado que lo quitara inmediatamente de la escuela.

Juan Cirujano Serradilla, otro declarante más, dice que está afiliado a la Casa del Pueblo y «que bajo su consejo se movían todos los socios obreros, como asimismo los directivos, a los que aconsejaba las felonías que había de cometer...».

El último, Joaquín Vidal Moreno, sigue diciendo que ha «sido asesor venenoso de los directivos de la Casa del Pueblo y de sus consejos revolucionarios y criminales».

Finalmente Severiano es detenido en su pueblo, Barrado, el día 1 de agosto. Allí se personaron los guardias civiles y los falangistas armados, como dice su cuñada Ramona, que entonces tenía 12 años, y Clemente Villarín, que recuerda como si fuera hoy aquella escena que causó un gran impacto en el pueblo, y que él describe acompañada de gestos elocuentes, expresivos, de la tragedia del momento.

CLEMENTE VILLARÍN: «YO TENÍA 10 AÑOS Y VI CÓMO SE LO LLEVABAN».

Yo tenía entonces 10 años. Era como al mediodía, yo estaba en la puerta de mi casa y vinieron unos cuantos falangistas que, viendo que estaba en el balcón, le gritaron: «¡Baja, pájaro!». Y tres o cuatro, con los fusiles, entraron a por él, y otros cuatro se pusieron en fila, uno por cada lado, y lo sacaron así agarrado para afuera, y se lo llevaron a la plaza. Y a un tío mío que estaba allí, en el balcón, también le llamaron: «Baja para abajo, pájaro». También se lo llevaron detenido, lo que pasa es que mi tío tenía mucha amistad con el tío Julio, que era falangista, y lo salvaron; si no, también se lo llevan.

Pero yo entonces no sabía qué significaba aquello. Llevaban fusiles o escopetas, camisa azul de falangistas, aunque no lo recuerdo muy bien. Él estaba en las habitaciones de dentro, en la bodega o en el patio. Entonces se asomó al balcón y, cuando vio aquello, se metió para dentro. Y la mujer de él, la tía Julia, se puso como una loca.

JULIA NÚÑEZ: «DEJÓ EL RELOJ Y EL ANILLO ENCIMA DE LA MÁQUINA DE COSER. PENSARÍA QUE YA NO LOS IBA A NECESITAR».

Yo tendría unos 8 años. Sólo oí contar a mis padres que se lo habían llevado... Él era pequeñito y delgado, y estaba asomado al balcón, cuando vinieron a por él los falangistas de

Jaraiz y le dijeron: «¡Baja para abajo, pájaro!...». Pero él no tenía miedo, porque ya le habían avisado antes: «Ten cuidado, Severiano, que tienen muchas ganas de venir a por ti». Y él le contestaba que no tenía miedo ninguno, que no creía que le fueran a hacer nada. Pero aquel día se presentaron a por él; llevaba puesto un anillo y un reloj de oro, y se los quitó; los soltó encima de la máquina de coser que tenían en la habitación, porque veía que se lo llevaban y pensaría que allí donde lo llevaran no lo iba a necesitar... Digo yo que pensaría que para qué se lo iba a llevar, que a lo mejor se lo quitaban y mejor que lo tuviera la familia. Entonces bajó a la plaza, lo cogieron y se lo llevaron... y ya está. Parece que en el camión él tenía un bultito en el cuello y querían pincharle allí, pero el amo del camión dijo: «En mi camión no se hace nada, porque en el momento que queráis hacer una cosa de esas, vamos todos los del camión para abajo». Y no le volvieron a tocar.

A mi padre fueron a decirle a la finca que se lo habían llevado, y nos vinimos a casa. Mi padre nos contó que se lo habían llevado y que no podíamos hacer nada. Y con mucho miedo todo el mundo, él también, porque todo el mundo lo tenía. Incluso los falangistas, porque en cuanto salían al campo decían: «Que vienen los comunistas, que vienen los comunistas...». Y se metían en el barro para que no les hicieran nada... Tenían más miedo que nada...

Después tuvieron a mi tío en la cárcel hasta que les vino bien. Luego le dijeron que le iban a matar, pidió confesión, le confesaron, y en esta confesión él dijo que les perdonaba. Escribió una carta a su mujer, pero no se la dieron hasta después de matarlo... Mi padre también estaba preso porque era de izquierdas, así que nadie podía hacer nada. Llegó la hora de matarle y lo mataron. Y se acabó.

Mi padre trabajaba en el campo, pero también era tesorero del ayuntamiento. Estuvo preso, pero luego lo sacaron. Sufrimos mucho; mi madre no hacía más que llorar, tanto por mi padre como por mi tío. Yo veía que en mi casa las pasaban moradas... Mi madre lo pasó fatal. No sé de qué acusaban a mi padre: de que estaba en el ayuntamiento, o yo qué sé... Mi padre era muy listo y se metía en muchas cosas, Severiano siempre le reñía para que no se metiera en líos. Pero mi madre pidió ayuda a «uno» y ése fue el que sacó a mi padre de la cárcel.

Pero la gente de aquí, del pueblo, tenía mucho miedo cuando se llevaron a mi tío... pero que mucho miedo... lo mismo los de un lado que los del otro. Es que en los pueblos había muchos rencores, mucha envidia...

El marido de Julia, Celedonio, tercia en la conversación y recuerda aquel día:

Yo era un muchacho cuando se llevaron a su tío, y vivía pared con pared, éramos vecinos. Él estaba en el balcón asomado cuando llegaron. Llegaron a la casa, le llamaron, le metieron para adentro del camión y se lo llevaron. Yo era un muchacho y estaba jugando por allí en la plaza, y vimos cómo se lo llevaban... Igual que el día que se llevaron a don Casimiro, el alcalde, yo también estaba ahí sentado, y oí que le decía un falangista a otro: «Ya hemos cazado a otro...». Tendría yo 9 años, y estaba allí jugando con otros muchachos. Creo que no pusimos mucha atención a lo que pasaba, porque no recuerdo que me impresionara.

ERASMO SÁNCHEZ LABRADOR, SU ALUMNO

Erasmus recuerda con indignación los atropellos que se cometieron en Jaraiz:

Y eso que en Jaraiz no conocimos la guerra; aquí nadie se movió... A los del ayuntamiento los cogieron, los encarcelaron, los fusilaron... y listo y se acabó. Hubo unos crímenes horribles aquí en Jaraiz... Recuerdo un día a dos pobres mujeres, una de ellas embarazada: les cortaron el pelo por la mañana, les pusieron un letrero delante y otro detrás, y los pistoleros detrás de ellas les hicieron recorrer todo el pueblo, y por la noche las llevaron a matar donde enterraban las bestias antes. Allí las mataron y las enterraron a las dos pobres... Una era de Jaraiz, la otra de Torremenga, y ésta es la que estaba embarazada. Las mataron porque eran socialistas, republicanas, y también muy buenas personas... Tenían sus ideas y por eso las mataron. Y los culpables fueron unos terratenientes... A los falangistas los hinchaban de jamón, de pan y de vino, y los mandaban a por unos y a por otros, pero aquí los que mandaban eran los terratenientes. Luego han terminado muy mal, pero muy mal... Ya no queda ni rastro de ninguno de aquéllos, todos están muertos. No volvieron al pueblo; dos o tres de ellos que quedaban, cuando vino la democracia dejaron de venir al pueblo... Fue una pena las cosas que pasaron en Jaraiz en aquellos años. Porque aquí, en realidad, no hubo enfrentamientos directos entre las gentes del pueblo. Pero, entonces, ¿por qué una noche sacaron a veintidós personas, las ataron de pies y manos, las llevaron al puente Cardenal en Monfragüe, las mataron y las tiraron al río Tajo si sólo eran unos desgraciados?... Hay un monumento dedicado a ellos en el puente del Tajo, y, entre los nombres, un padre y un hijo, un chiquillo con 18 años no cumplidos.

Vimos a don Severiano demacrado, sin gafas, perdido, medio muerto

La cosa en Jaraiz estaba muy tranquila. Éste era un pueblo pacífico, aquí no había revoluciones ni jaleos políticos. Y todo sucedió de golpe y porrazo. Recuerdo perfectamente cuando fueron a Barrado a por don Severiano. Era muy miope, usaba unas gafas gruesas, y lo trajeron ya sin gafas: el pobre parecía como perdido. Era de día y con sol, calculo que sería alrededor del mediodía cuando lo trajeron en un camión. Nosotros, los niños, nos acercamos al cuartel... Yo vivía por allí cerquita, y recuerdo como si fuera ahora que yo lloré, porque todos queríamos mucho a don Severiano. Vi a un pistolero que, al entrar al cuartel, le pegó con la pistola. Sabemos quién es, lo sabe todo el pueblo. Cayó el pobre de bruces y yo, que sólo era un niño, al verlo así, lloraba. Cuando vimos al maestro, medio muerto ya el pobre, demacrado, sin gafas, y cuando le pegaron y cayó de bruces, a todos los niños nos dio pena; sentíamos compasión, porque ese hombre no había hecho mal a nadie, era una gran persona, un gran maestro que nos quería mucho y nos enseñaba mucho... Todo esto sucedió a primeros de agosto, en pleno día, y todo el mundo lo vio porque la gente se concentraba en el cuartel de la Guardia Civil a escuchar la única radio que había en Jaraiz. Del cuartel de la Guardia Civil se lo llevaron a Plasencia, y en Plasencia lo fusilaron.

Muchos de sus alumnos eran hijos de guardias civiles. Pero es posible que la Guardia Civil no tuviera nada que ver con aquello. Los que lo movieron eran los caciques que había en el pueblo, los cuatro pistoleros; terratenientes que querían seguir explotando a la gente para vivir a su costa. Aquí a lo mejor un terrateniente tenía cien «medieros» trabajando para él, noche y día, porque no había domingos, ni sábados, ni nada...

Y esto era Jaraiz de la Vera, gente trabajadora, valiente, gente honrada... Pero en aquellos años había que tener cuidado y no hablar nada, y todo el mundo callaba. La gente sintió mucho lo de don Severiano y lo siguieron recordando mucho tiempo. Todavía se acuerdan, por lo menos los mayores, porque la gente joven no tiene ni idea. Pero en el recuerdo de la gente mayor está, claro que sí, ¡cómo no va a estar el recuerdo!

Pero el principal causante de la muerte de don Severiano fue un maestro que había aquí, que le tenía odio y le envidiaba porque era muy buen maestro. Fue él quien le denunció, y no sólo a él, sino a algunos más... Él fue el causante de muchas tragedias que hubo aquí...

Luego vino otro maestro, pero yo ya era mayorcito y dejé de ir a la escuela, porque a los 14 años empezamos a ayudar a los padres en el taller. Estuve con don Marcos, pero muy poco tiempo; desde que empezó el curso creo que no estuve más de tres o cuatro meses... Pero ese hombre no me gustaba porque era muy malo, muy malo... me daba miedo. Así que dejé la escuela y me fui al taller a ir aprendiendo. Fueron mis hermanos pequeños los que estuvieron con él. Luego había otro maestro, don Sixto Pavón, que era el maestro de los pequeñitos. A él no le depuraron. Era muy bueno don Sixto...

JULIO, EL CURA DE CUACOS: «LOS CHICOS

ÍBAMOS DETRÁS DE ÉL LLORANDO».

La detención de Severiano también está grabada en la retina de Julio, que cuenta todo aquello delante de un vaso de vino.

También me acuerdo del día en que lo trajeron a Jaraiz: íbamos cuatro o cinco muchachos llorando detrás de él... Estábamos allí, por la plaza, y oímos que decía alguien: «Traen a don Severiano», y un grupo de chicos que estábamos allí fuimos detrás de él mientras le subían por el Obispo Manzano al ayuntamiento. Aquella imagen la tengo muy grabada. Subía allí custodiado por dos o tres... La escuela estaba entonces donde el ayuntamiento viejo, y nosotros íbamos detrás llorando. A mí me causó una impresión tremenda. Yo tenía 12 años y todavía me acuerdo de él. Cuando nos dijeron que le habían fusilado nos llevamos un disgusto tremendo. Nos contaron que él, a los que le fusilaron, los perdonó públicamente. Él fue el primer maestro que yo tuve, pero ¡qué cultura tenía, qué alumnos que formó!... Luego he estudiado con los jesuitas toda la carrera y dejó mucha más huella en mí don Severiano, por su manera de ser. Yo creo que lo fusilaron simplemente por ser republicano.

Yo creo que los curas no intervinieron en la condena de don Severiano, porque le respetaban mucho como maestro... Había dos párrocos, don Marcelo y don Segundino. Yo creo, aunque nunca me lo dijo, pero por la forma de cómo respiraba don Marcelo, creo que sintió que fusilaran a don Severiano.

A don Severiano le juzgaron en un tribunal militar y, a pesar de ello, no entendíamos por qué habían matado a un hombre que tanto y tan bien nos había enseñado... A la gente del pueblo no le gustó que mataran a don Severiano. Yo era muy pequeño y entonces esas cosas no se comentaban, pero es la idea que tengo. Por intuición, creo que la gente sintió mucho que lo fusilaran... Incluso algunos, que eran de distintas ideas, no llevaron bien que fusilaran a

don Severiano. Quitando a aquellos cuatro o cinco matones, a la gente no le gustó. Y yo creo que el cura se enteró después.

A él lo fusilaron en el 36, y en el 37 yo me fui a Comillas, al seminario.

ANTONIO CONTINÚA CON EL PROCESO JUDICIAL

De allí lo pasan a la cárcel, a Plasencia, donde se le notifica el procesamiento, leyéndole las acusaciones de los testigos ante el juez, que se ratificaron en todo de sus palabras ante la Guardia Civil. Preguntado por los hechos que se le imputaban, contestó que sí perteneció a la Casa del Pueblo a partir de 1933, que fue sólo como socio, que no había sido asesor del presidente y secretario de la Casa del Pueblo, Gabino García y Severino Almagro, que su asistencia era esporádica, sin asistir nunca a ninguna Junta General y que participó de la Agrupación Socialista como secretario y en la Asociación Obrera sin cargo alguno.

En pleno proceso instructor, el alcalde, Miguel Sanguino, que era su compañero, le envía, a requerimiento del juez instructor militar de Plasencia, el siguiente informe, ratificándose en lo que había dicho en el atestado:

SEVERIANO NÚÑEZ GARCÍA se ha venido distinguiendo desde la implantación de la República por sus ideas izquierdistas y revolucionarias, habiendo desempeñado el cargo de subsecretario de la Casa del Pueblo de esta localidad, siendo el consejero predilecto del presidente de las asociaciones obreras, a los que a [sic] escitado [sic] constantemente de forma violenta para conseguir la destrucción de las personas honrradas [sic] y sus bienes, alentando hasta las mujeres para que destruyeran todo lo existente, vertiendo estas ideas a sus alumnos en las clases para ver de conseguir la implantación de la anarquía y el comunismo.

A partir de las elecciones verificadas el 16 de febrero último, ha realizado en esta localidad una propaganda en extremo destructora, llegando hasta aconsejar a las masas que cortaran la cabeza al que ejerció el cargo de alcalde presidente de este ayuntamiento últimamente, consiguiendo con sus escitadones [sic] que se promovieran escándalos formidables por las masas izquierdistas contra el alcalde citado, las que públicamente vertían amenazas contra la Guardia Civil y demás autoridades, diciendo que se labarían [sic] las manos con la sangre de los mismos.

Los mismos procedimientos a que antes se hace referencia tiene empleado, según noticias, en el pueblo de Barrado, donde a [sic] venido residiendo con su familia las vacaciones anuales, siendo también en este pueblo asesor de las asociaciones marxistas, considerándole por tanto un ser peligroso para la sociedad e indigno de que siga desempeñando el cargo de Maestro Nacional que viene ejerciendo.

Sin embargo, el propio atestado reconoce la gravedad de las acusaciones. El proceso judicial contra mi tío Severiano fue una demostración clara de la indefensión en la que se vio metido:

Al ser registrado su domicilio particular y la escuela que representa, no se encontró documento alguno relacionado con los sucesos de esta localidad, y únicamente se han visto

firmas en algunos documentos encontrados en la Casa del Pueblo, pero no guardan relación con nada importante.

El alcalde provisional de Barrado, Ágape Paniagua, a requerimientos del juez instructor, además envía el siguiente oficio:

Don Severiano Núñez Paniagua, maestro de Jaraiz: en los períodos de vacaciones oficiales, que es cuando reside en ésta, su conducta personal es intachable: políticamente no me consta que directamente interviniera en la organización de las masas obreras de este pueblo, y se encontraba en ésta desde el día 15 por la tarde del pasado julio.

Hechas las oportunas diligencias, se procesa a mi tío:

[...] como causante moral de todos los desmanes y atropellos ocurridos en el pueblo como dirigente de la Casa del Pueblo y del ayuntamiento, habiendo alentado a las masas en una ocasión desde la puerta de la alcaldía a pedir a voces la cabeza del alcalde y a decir que tenía que lavarse las manos con la sangre de la Guardia Civil, llegando hasta cortar la comunicación telegráfica con Plasencia, por consejo del expresado Núñez.

En la retahíla de acusaciones el sumario afirma que, por sus actividades revolucionarias, tiene abandonada la escuela, «enseñando sólo a los pequeños a aprender groserías y a levantar los puños en alto hasta el extremo de tener que retirar varios niños de la escuela», además de que «en su vida privada es un sujeto indigno, que daba a su mujer una vida de martirio por maltrato de palabra y obra».

Él alega ante estas acusaciones que, como la escuela está en el ayuntamiento, y mientras la masa daba gritos subversivos, estaba hablando con la mujer y la cuñada del alcalde, dándoles tranquilidad de ánimos. Que tampoco ha intervenido en la dirección de la «casa ayuntamiento». Que de su competencia y comportamiento como maestro pueden dar testimonios, sigue diciendo Severiano, los inspectores que le han girado visita, como consta en el libro de la Inspección, y que no ha enseñado a los niños a aprender frases groseras ni a levantar los puños en alto. Él siempre ha respetado la conciencia de los niños, por ser para él, dice, lo más sagrado e íntimo que existe, tal es la consideración que los maestros republicanos tienen para el niño. En cuanto a su pertenencia al Partido Socialista, alega que era perfectamente legal.

Respecto a su comportamiento con su esposa, Severiano responde que es incongruente la acusación que se le hace con su actuación con la familia de ella, pues está costeando de su bolsillo los estudios de su cuñada. Dice también que nunca le han parecido buenas las manifestaciones; por el contrario, le parecen ridículas, por lo que nunca ha asistido a ninguna y menos a gritar y levantar los puños en alto.

La sentencia es dictada el 2 de septiembre del año 1936 y dice las siguientes falsedades, fácilmente rebatibles: que se encontraba «refugiado» en Barrado, donde fue detenido, cuando verdaderamente había ido de vacaciones desde el día 15 del mismo mes de julio; y que aparecía con dirigentes marxistas excitándoles a éstos a cometer toda clase de tropelías y concretamente a resistir al Movimiento salvador de España con consignas de morir

antes de resistirse (¿cómo es posible, si cuando abandonó Jaraiz no tenía conocimiento de ese «excelso» Movimiento Nacional?).

Termina la sentencia en la consideración de que «con la constitución del nuevo Estado español, representado por la Junta de Defensa Nacional, fue declarado un Movimiento armado de los elementos marxistas y afines contra su autoridad». Otra vez el Derecho al revés, pues mantiene el tribunal que los que se levantaron fueron quienes representan la autoridad «legítima» ante las subversivas fuerzas marxistas; de esta manera justifican la acusación que se le hizo en la sentencia de «delito de rebelión militar» porque preconizó «la resistencia a las fuerzas nacionales armadas, sin contar con la propaganda anterior realizada para el mismo fin». Por todo lo cual, «fallamos que debemos condenar y condenamos a Severiano Núñez García a la pena de muerte como autor de un delito de rebelión en el que concuerda una agravante muy cualificada».

La sentencia se cumplió en la madrugada del 16 de septiembre según el acta emitida por el juez.

Se lo llevaron a las cinco y media del día 16 de septiembre, desde la cárcel pública hasta el campo próximo al cementerio, donde, colocado ante el piquete de ejecución, fue fusilado, recibiendo veinte tiros en el cuerpo, desfilando luego la tropa ante el cadáver, que, según dice el acta, fue entregado al Depósito del Cementerio, pero que luego fue enterrado en la fosa común que existía en las tapias del mismo, junto a otros muchos.

Al hermano político del reo, mi padre, Feliciano Sánchez-Marín Calero, se le hizo entrega de varios números del *Magisterio Nacional* —revista educativa entonces afín a la izquierda—, un portamonedas con cinco pesetas, una carta cerrada para su esposa, y otra para sus hermanos, y una cartera de bolsillo con dos gemelos corrientes y tarjetas y papeles sin importancia, además de los objetos religiosos que ya he mencionado.

El tribunal lo presidió el coronel de Plasencia, José Puente. Le pusieron un abogado defensor, pero él renunció... Se defendió él, como hemos visto, aunque no le permitirían seguramente decir mucho, al menos así consta en el acta del juicio.

No dejo de pensar lo duros que tuvieron que ser los momentos anteriores a su muerte. ¡Qué entereza tuvo que tener para, a pesar de todo, escribir las cartas de despedida y las notas de recomendaciones para sus cuñados! ¡Qué dolor tuvo que tener al dejar a su esposa en las condiciones en que estaba!

JULIA NÚÑEZ: «MI PADRE SE MURIÓ SIN HABLAR NUNCA DE ELLO».

Julia, la sobrina, recuerda el estado de ánimo de su padre: «Se quedó como huérfano. Se murió sin hablar nunca de ello».

Cuando mataron a mi tío, mi padre se quedó muy mal... No quería que se lo mentaran... Los dos se querían mucho, porque era mi padre el pequeño y el ojo derecho de mi tío. Mi padre se quedó un poco como huérfano. Además, mi tío era muy listo, fue el primero que hizo una cooperativa en el pueblo. Las cosas de matemáticas, de cuentas, y de escribir, se le daban de miedo, era una persona muy avanzada para su tiempo. Por eso, cuando lo

mataron, mi padre no quiso volver a hablar de él ni de lo que había pasado. Se murió sin decir nada... Si alguna vez salía una conversación de éstas, él cortaba y prohibía la conversación. No quería recordar esas cosas. Al principio por miedo, pero luego es que le dolía tanto que hubieran matado a su hermano que no quería ni recordarlo. Mi marido dice que fueron todas esas cosas las que mataron a mi padre, porque le salió un tumor en el hígado. Y recuerdo que mi madre a veces decía: «Fíjate su madre, tan católica que era, y la muerte que ha tenido el hijo...». Esta espina la tenían tan clavada que ni se daban cuenta. Él también era creyente, se casó por la Iglesia y todo. Eso no quita para que fuera de izquierdas.

Mi tío era un hombre que no se metía con nadie. Venía aquí y su afición era irse a pasear con el periódico; siempre llevaba algo en la mano para leer. Pasaba por ahí, porque nosotros vivíamos en esa casa, donde está puesta la placa, y siempre llevaba un libro o algún papel en la mano para leer. El consuegro, que estuvo en clase con él, también decía que era una persona listísima.

JULIÁN BENAVENTE

Severiano fue enterrado indignamente en una fosa común que abrieron en las inmediaciones de las paredes del cementerio, cerca de donde lo fusilaron, y allí ha estado, con otros muchos más cadáveres, pues en el «religioso» no se podía enterrar ni a los infieles ni a los «rojos», a quienes se consideraba «criminales y asesinos», degenerados, según se les tilda en el preámbulo de la creación de la Inspección de los Campos de Concentración.

Y así ha estado la fosa muchos años, abandonada, llena de basura y escombros, hasta que, en el comienzo de los ochenta, gobernando los socialistas, Julián Benavente, hijo de Nicolás Benavente (asesinado el 19 de julio de 1936 en los alrededores del parque de los Pinos, reconstruido por los presos del campo de concentración de la plaza de toros de Plasencia), solicitó los permisos correspondientes; entonces era algo insólito porque no existían disposiciones legales para las excavaciones de los restos que aún quedaran después de cerca de cincuenta años.

Julián Benavente ha sido ebanista y concejal socialista del Ayuntamiento de Plasencia. Siempre ha tenido en su mente exhumar aquellos restos y trasladarlos al cementerio «religioso».

Cuenta Benavente todas las dificultades que tuvo que pasar para ello, pues las autoridades socialistas, que acababan de llegar al poder, aún no tenían muy asumida esta idea, por lo que encontró muchas reticencias. Aun así, perseveró en su empeño, y lo consiguió.

Estaba —dice Benavente, orgulloso, y no es para menos— yo solo con los obreros que estaban trabajando, y estuvimos como una semana excavando y sacando todo lo que había. Salieron ochenta y tantos cráneos...

Mi abuela conocía este sitio, porque cuando les estaban enterrando vino y le dijo al que estaba vigilando: «Oiga, mire usted, que yo quiero cantar el entierro a este señor», y le dijo otro: «Trae para acá a esa bruja que la vamos a enterrar con él». Claro, la mujer tuvo que salir corriendo, porque como la vida no tenía ningún valor podían haberla matado. Así lo

contaba ella. Había mucho desalmado entonces, y supongo que si volviese a haber otra guerra sería lo mismo, porque eso no se puede curar nunca.

Había otra fosa situada en la carretera de Plasencia-Salamanca, cerca de La Oliva, donde había otros seis cadáveres, entre ellos el de Julio Durán, antiguo alcalde placentino, Joaquín Rosado, eminente farmacéutico de Plasencia, y la concejala, placentina igualmente, Consuelo Alonso Elizo, que tenía nueve hijos.

En el año 84-85 desenterraron sin permiso los cadáveres de la fosa de La Oliva, y entonces llevaron a mi casa los huesos, porque tenían miedo de que los metieran en la cárcel. Y me dijo el secretario:

—¿Tú sabes de alguien que esté haciendo excavaciones?

Y le contesté:

—Ah, sí, los arqueólogos, que hay muchos que hacen excavaciones. Pero el secretario insistía:

—No, no, de éstos de la guerra...

—Pues, no sé...

¡Y tenía los huesos en mi casa!... Los tuve allí nueve meses. Tenía un taller grande y los tuve guardados en unos sacos en el taller...

EPÍLOGO

Ante una fosa común en la que había muchas zapatillas y un solo par de zapatos

Aquella mañana teníamos Antonio y yo una cita en Plasencia con Julián Benavente. Durante muchos años libró Julián en el ayuntamiento aquella dura batalla que nos había contado para exhumar los restos de aquella fosa común en la que fueron a parar los huesos del maestro de Jaraiz de la Vera.

Julián Benavente puso toda su alma en aquel empeño porque no quería que les pasara a todos aquellos muertos lo que le pasó al cadáver de su padre, que lo habían dejado abandonado en un campo los mismos que le fusilaron.

Julián nos conduce sin vacilar a un lugar todavía lleno de basura y escombros. Camina sin dificultad por un terreno que le es familiar, de tanto tiempo como se pasó excavando, buscando... Cuenta que salieron «ochenta y tantos cráneos» y que «había muchas zapatillas, pero un solo par de zapatos».

Julián dice que aquel par de zapatos sólo podían ser los que llevaba puestos don Severiano, el maestro, el día en que lo fusilaron. Quiere precisar Julián que todos los demás llevaban zapatillas porque eran gente humilde. Pero se equivoca. Porque el maestro de Jaraiz de la Vera, que no era humilde «de clase», lo era de corazón y de espíritu, y quienes lo mataron lo sabían, y le hicieron sin querer el más grande honor: matarlo con ellos, mezclarlo con ellos, con los humildes. En la muerte y «más allá de la muerte»...

El soneto de Quevedo se me viene a la memoria mientras me entran por los ojos, que quisiera cerrar pero no puedo porque no debo, las imágenes de aquella montonera de huesos. Todavía no habían sido cubiertos con el manto de piedad de una lápida de piedra.

Allí estaban, delante de mí, los huesos y los zapatos de don Severiano, amorosamente mezclados con los otros huesos y las zapatillas... Y yo no sabía si llorar o maldecir. Sólo pude «rezarle» a don Severiano lo que él me estaba diciendo desde sus huesos, que para eso fue su credo toda la vida:

Serán cenizas, mas tendrán sentido;

polvo serán, mas polvo enamorado.

Enamorado, como tantos otros maestros asesinados, de la vida y de la libertad.

Cuando terminamos aquel viaje, me despedí de Antonio Sánchez-Marín en la puerta de mi casa. Era de noche, pero me tropecé con la transparencia de su mirada. Y supe entonces por qué el sobrino de don Severiano me recordaba tanto al maestro fusilado de Jaraiz de la

Vera, aunque yo no lo hubiera conocido. Percibí que Antonio desprende, cuando me mira, el mismo aroma, intenso y tierno, de la inocencia.

